

Cuando un certero balazo
Quitó á la estampa un pedazo
Y arrancó al buen Gil un grito.

Diz que exclamó, haciendo un gesto,
Mientras caminaba en pos
De su batallón: — ¡Ridios,
Si lo llevo á tener puesto!

Antonio Montalbán.

AMOR ETERNO

I

Ricardo Díaz era, seguramente, un artista de envidiable mérito y de excepcionales condiciones, capaz (el mejor día) de entrar por derecho propio en el templo de la inmortalidad.

Joven, muy joven, casi un niño, conocía admirablemente á los grandes maestros del divino arte, y los interpretaba con tan maravillosos conocimientos, que las más dulces melodías, los poemas sinfónicos más difíciles, los arranques supremos de inspiración eran por él fácilmente comprendidos y magníficamente ejecutados.

Díaz estaba en el período de los entusiasmos: amaba el arte y sólo el arte, y las horas tristes de su añoranza, ó las más felices de su entusiasmo, consagrábales al estudio de los grandes creadores de la música.

Wagner, Mozart, Verdi, Beethoven, todos los sublimes maestros del arte consolaban las vagas penas de su espíritu y las nebulosas iniciaciones de sus esperanzas sin motivo y de sus anhelos sin forma.

Era, pues, un enamorado de todo lo bello materia disponible, terreno abonado para que germinara en él con gallarda lozanía la simiente amorosa lanzada por la mano blanca y temblorosa de cualquier inexperta doncella.

Díaz no poseía más bienes que el equipaje de sus entusiasmos: equipaje que, vendido á buen precio, no lo hubiera tomado, ni aun de balde, el más compasivo de todos los traperos de la villa.

Estaba pasando la rueda de las navajas, como suele decirse, soñando á cada hora con un nuevo triunfo musical y con tres ó cuatro ediciones *Ricordi*, agotadas en menos de un santiamén.

Una tarde halló en la calle de Tudescos á un antiguo amigo de su padre, el cual, después de darle serios consejos, le dijo:

—Bueno, Ricardo, ¿y qué haces ahora?

El músico se encogió de hombros, significando que no hacía nada.

—He pensado en ti—continuó—, y no sabiendo dónde vivías, no he podido hacerte un ofrecimiento.

—Usted dirá.

—¿Te convendría ganar quince duros al mes?

—¡Claro! Eso no se pregunta.

—Pues bien: con esta tarjeta mía te presentas en la calle de la Flor á los señores de Román, y desde mañana comenzarás á dar lecciones á su hija Antonia. Excuso decirte que es gente de posición y que puede servirte de mucho para tu carrera.

Díaz saludó al amigo de su padre, y agradecido, prometió cumplir su encargo á la mañana siguiente.

II

Como Díaz era un verdadero artista, fué desde luego aceptado con gran regocijo de los señores de Román.

Antonia Román, sin ser hermosa ni mucho menos, tenía en el rostro una especial simpatía, y era de un trato tan ingenuo y distinguido, que á más de un gallardo mozo logró cautivar, merced á las candorosas manifestaciones de su alma, grande y generosa.

Cuando la señorita de Román interpretaba al piano una de esas apasionadas melodías que despiertan el espíritu con voces de amor, Díaz, tembloroso y balbuciente, solía decirle:

—¡Magnífico! ¡Magnífico, Antonia! ¡Sólo los que sienten bien la música saben amar eternamente! ¡Ellos solos son los elegidos!...

Una tarde cantaban el *duetto* del *Don Juan*. Cuando terminaron, emocionados, se miraron fijamente; y de aquella conjunción de luz amaneció la aurora de una pasión artística y seudoromántica.

¡Trabajaré, Antonia, trabajaré, y tengo la seguridad de alcanzar el premio de *Melodía*, que nos permitirá vivir felices allá en Roma, en la gran ciudad del amor y del arte! Entregaré en breve al tribunal mi romanza, y tengo la seguridad que no habrá otra alguna ni más apasionada ni más sublime.

III

Á los pocos días, Ricardo fué á casa de los señores de Román, sin poder disimular un ansia vivísima y una excitación verdaderamente extraña.

Ricardo le dijo á Antonia:

—He aquí mi obra; y le mostró la partitura de la melodía.

Sentóse al piano, y mirando fijamente á la hija del señor de Román, le dijo:

—Es usted la única persona que conoce mi primera concepción musical; en ella he puesto toda mi alma: se titula *Amor eterno!*

Díaz ejecutó la romanza de una manera magistral. Pálido á veces por la emoción, con el rostro encendido otras por un divino y místico entusiasmo, el artista se reveló en toda la excelsa plenitud de su grandiosa inspiración.

¡Amor eterno! no era una romanza; era un quejido suave y seductor; era, á veces, sencillo

—Ruego á usted no vaya más por casa.

Á su vez recibió una carta de Antonia, en que le decía:

—Ruego á usted me olvide y procure olvidar todo lo ocurrido.

La inspiradora de su mejor obra musical acababa de despreciarle para siempre, obedeciendo á los mandatos de su padre.

Aquel mismo día recibió también una comunicación del tribunal, dándole cuenta de que su obra había sido premiada.

Los amigos fueron á darle la enhorabuena, y Ricardo, riendo como un iluminado, decía á todos:

—¡Qué imbecilidad la de los académicos! Me han premiado la mayor equivocación que he tenido en mi vida.

Manuel Paso.

PUENTE DE PLATA...

En el nido que hicieron nuestros amores gozábamos venturas nunca soñadas, y esperando tranquilos días mejores transcurrían á solas nuestras veladas. ¡Qué de amantes promesas y juramentos hicimos en aquellos breves momentos! ¡Qué de pactos solemnes formalizados con millones de besos enamorados!

GALERÍA DE ESCRITORES



Javier de Burgos.

y tierno como las voces de los niños y el canto de los pájaros; á veces, notas tristes, significando incomprensibles arrobamientos, notas lánguidas como el deseo, ó alegres y ligeras, remedando una carcajada. Todo aquello, envuelto en una malla de claridad de aurora, se desvanecía hasta quedar suspenso en un hilo de luz sutilísimo, trenzando después todas las notas como si quisieran expresar una salve de amor, terminando con un himno varonil y grandioso de un alma fuerte y generosa que reclama la plena posesión del objeto amado...

Cuando terminó Ricardo la interpretación de su primera obra, halló á Antonia con los ojos llenos de lágrimas, que le tendió las manos y le dijo:

—¡Ricardo! ¡Hemos triunfado!

El autor entregó su obra al tribunal, y se consideró el hombre más feliz del mundo.

IV

Algunos días después, el señor de Román fué á visitar al pianista para decirle:

¡Qué de amenazas locas si te engañaba y otra mujer tus celos desafiaba!... ¡Con qué afán nos unimos con fuertes lazos durante aquellas horas de encanto llenas, mientras me aprisionabas entre tus brazos!... ¡Dulces cadenas!

Una noche, al jurarte solemnemente que eras tú sola el alma del alma mía, te dije sollozando con voz doliente:

—Si dejaras de amarme... ¡me moriría! Y tú, la eterna causa de mi tormento, consumada maestra del fingimiento, me sellaste los labios con ansia loca colocando cien besos sobre mi boca y, echándome prisiones con la mirada, me decías rendida y enamorada palpitando en tu acento pasión inmensa y amor sincero:

—¡Pobre niño... que sufre, porque no piensa cuánto le quiero!

No me duelen la ausencia que el alma llora ni la traición cobarde, ni el mal sufrido; duéleme únicamente pensar ahora que ni un solo momento me hayas querido... Y al recordar los sueños encantadores que formé en el delirio de mis amores, al ver cómo murieron de día en día

las pobres ilusiones del alma mía, lloro y maldigo tanta mentira hermosa, tanta ventura

como gocé al crearte vivir dichosa, siendo mi amor, mi encanto, mi vida entera; y al recordarte digo con amargura:

—¡Qué mala era!

La vida de aventuras, tu antigua vida, sobre la que yo quise correr un velo, te arrastraba con fuerza desconocida, y abandonando el nido, tendiste el vuelo... El sufrimiento pudo volverse loco, y quizá por lo mismo te quiero un poco, mas la razón se impuso, serena y fría, y dije tristemente: ¡No me quería! Y puesto que se aleja del lado mío, ¡vaya con Dios la dueña de mi albedrío! ¡Vayan con Dios las dichas que no merezco, las ilusiones todas que me arrebató! Si había de engañarme se lo agradezco... ¡A enemigo que huye... puente de plata!

José Juan Cadenas.

ECOS DEL MUNDO

La atmósfera y las muelas.—Hasta ahora, no.—Teoría moderna.—Las influencias.—Datos nuevos.—Dentera.—Elevaciones aparentes?—Dolor y calor.—Prediciendo el tiempo.—Caries.—Razón muy original.—Un foco.—Siempre los nervios!—La aprensión.—Cirugía dental del porvenir.—Evitando tres males.

Hace mucho tiempo que los más distinguidos profesores en Odontología venían afirmando que los menores cambios y variaciones atmosféricas influían de un modo directo sobre ciertos y determinados huesos de la boca; pero hasta hace muy poco tiempo, unos dos meses, no se había estudiado esta curiosa cuestión de un modo serio.

Conocida la moderna teoría que los sabios denominan «de las influencias», aquélla que tiene como base el apotegma de que «todo influye en todo» y sabido que en el organismo influye de un modo directo el estado de la atmósfera, á nadie podrá extrañar que Layt, el famoso profesor de cirugía del *Lyceum* de Londres, haya ideado toda una teoría completa acerca de las modificaciones y alteraciones que en la boca pueden producir aquellos agentes.

Siendo una influencia sumamente marcada la que ejercen sobre el sistema nervioso en general y siendo los nervios alveolares—otra novedad de estudio de Layt—los que con los de cada diente ó muela constituyen la ramificación más difícil de domar y contraer de todos los nervios del cuerpo humano, se comprende que el estado del medio ambiente influya en aquéllos produciendo dolores, sin que para nada sea preciso el que la caries haya atacado al hueso que parece exigir su inmediata extirpación.

El vulgar fenómeno de que el frío produce la dentera puede servir de ejemplo gráfico y exacto á cuanto decimos y la elevación de unos dientes sobre el nivel de otros (más aparente que real) que ocasiona el dolor y calor si es muy fuerte, demuestran lo mismo.

Es cierto que una corriente de aire basta para producir una caries en el diente mejor conservado, pero no es menos exacto que sin que el referido agente intervenga para nada de un modo directo, basta un sencillísimo cambio que vaya á operarse en la atmósfera para que inmediatamente lo acuse la dentadura y mandíbulas del sujeto.

Entre todos estos estudios, una de las notas que más han llamado la atención es la referente á los orígenes de las caries producidas, según el docto profesor, no más que por la dilatación ó contracción de las capas de marfil que forman el esmalte de los dientes, las que llegando á resquebrajarse y teniendo lo que los físicos llaman un *foco de la rotura* (como ocurre en toda superficie pulimentada y donde más claramente se ve es en un cristal cuando se rompe) producen y ocasionan en aquel punto la caries, á la que luego, ya muy avanzada, ayudan y contribuyen muchos micro-organismos de muy distintas especies y familias.

Otra curiosa experiencia es aquella de que se desprende que las afecciones todas de la boca no son sino aspectos de diversas influencias atmosféricas sobre los nervios.

Sígase esta idea con la de que la aprensión es acaso el primer factor que ayuda á aumentar los dolores de la boca y que verdaderas auto-sugestiones, estados hipnóticos, son los que por atacar directamente al cerebro, ocasionan fenómenos rarísimos de esta clase.

Según estas modernísimas indicaciones, en el porvenir quedarán excluidas las operaciones de extraer muelas y de cauterizar nervios.

Todo será cuestión de calmarlos por los medios usuales y bastará el bromuro ó la tilla para evitar tres grandes pérdidas.

La de un fuerte dolor, la de un hueso... y la del precio de la extracción.

Doctor Traveller.